

Capítulo I

ANTES DE LAS VACACIONES

Cuando en 1878 Chile sostenía sus derechos sobre la Patagonia, que la Argentina también pretendía, el intendente de la provincia de Valparaíso, mi ciudad natal, don Eulogio Altamirano, visitó la Escuela Superior en que yo era alumno; y al imponerse de que en mi sección se estudiaba la Constitución Política, cuyo artículo 1º como es sabido, indicaba entonces como límite de Chile por el oriente, la cordillera de los Andes, preguntó a un alumno por ese artículo, el cual lo recitó sin falta alguna; pero al interrogarle en qué fundaba entonces Chile su pretensión a la Patagonia no supo responder. Hizo igual pregunta a varios otros y tampoco le respondieron satisfactoriamente, porque nada se nos había explicado al respecto. No obstante, cuando me la hizo a mí, respondí lo que había oído a mi padre, cuando conversaba con sus amigos, y diserté sobre el particular con cierta suficiencia. Le agradaron probablemente mis respuestas al intendente, pues continuó examinándome sobre las atribuciones de los diferentes poderes del Estado, formación de las leyes, etc., y a todo respondí bien.

Al retirarse de la escuela, dejó constancia de su visita, y del examen que había hecho, en el libro que para el efecto había y encomiaba a la dirección y a mí. Llevó su gentileza y bondad a tal extremo para conmigo, que al día siguiente me envió como

premio especial un ejemplar de la Constitución comentada, con una hermosa dedicatoria que hasta ahora conservaría como preciada joya, si un incendio en casa no lo hubiera reducido a cenizas.

Yo había ingresado a esa escuela en el año 1876 en que cumplí once años, y no había estado en ninguna otra. Una hermana mayor que hace pocos años murió, me había enseñado ramos elementales.

Dirigía la escuela don Jerónimo Lagunas, modesto y distinguido maestro que creo no habrá sido superado por nadie en su misión de educacionista. Los alumnos de esa escuela aprendían casi a la perfección leer y escribir, las cuatro operaciones de aritmética, en enteros, quebrados y decimales, y el catecismo de la doctrina cristiana. "Sabiedo bien el niño de catorce a quince años, lo que aquí enseñe de preferencia", oí en cierta ocasión que el señor Lagunas decía a mi padre, "todo le será más fácil". Y después de tantos años estoy persuadido de ello.

Tenía organizada la escuela como una compañía de infantería, un sargento del Regimiento de Marina era instructor militar, los mismos niños elegían los oficiales y clases; a modo de verdadera arma usábamos un riflecito de madera, y como uniforme una gorra especial, regalos del anterior intendente don Francisco Echaurren, por ningún otro igualado en la República.

Dos o tres veces en el año salíamos a Viña del Mar o Playa Ancha en correcta formación y allí éramos revistados por las autoridades. Para tales actos se nos preparaba haciéndonos ejecutar ejercicios diarios.

En mi larga y accidentada vida, y juzgando por los resultados obtenidos por casi todos los alumnos de esa escuela, muchos de los cuales salían de ella para emplearse, logrando ejercer altos cargos públicos; creo que la educación e instrucción que allí se daba era insuperable para formar ciudadanos útiles a la patria, a sus familias y a sí mismos.

De mí puedo afirmar que el leer muy bien, lo digo sin jactancia, desarrolló el deseo de leer mucho, y mediante ello aprender diversidad de materias. La buena letra, que también tenía, me impulsaba a escribir, y como copiaba lo impreso desde cierta ocasión que más adelante diré, aprendí o perfeccioné variados conocimientos; especialmente los gramaticales necesarios para poder escribir con relativa corrección.

Mis conocimientos en matemáticas, no obstante ser elementales, me han permitido expedirme satisfactoriamente en todas las variadas actividades a que me he dedicado; y mi complexión robusta estoy cierto que la debo, en gran parte, al sistema implantado en esa escuela para la educación física.

Los principios religiosos inculcados por mis padres y querida hermana que se encargó de mi educación infantil, fueron afirmados en esa escuela con el estudio del catecismo de la doctrina cristiana, y robustecieron en mí la convicción de que soy responsable de mis actos, y que tengo un alma que salvar porque hay otra vida inmortal, y en ella premio o castigo.

Y la instrucción cívica y militar que allí recibí, me han capacitado para servir a mi patria con entusiasmo y ofrendarle mi vida.

Consigno estos recuerdos como homenaje de gratitud al director de esa escuela, don Jerónimo Lagunas, y al inteligente y celoso intendente don Eulogio Altamirano que me alentó con su especial premio.

Y de ello hago mención circunstanciada, para demostrar que con razón esperaba divertidas vacaciones en Quilpué, pueblo donde ordinariamente las pasaba mi familia.

¡Si pensando en ellas brincaba de alegría!...

Solo una nubecilla turbaba mi ánimo: que al año siguiente tendría otros maestros y otros discípulos; pues mis padres habían determinado mi

ingreso al Liceo para que fuera bachiller... y después abogado... y diputado... y según una de mis hermanas, mujer al fin, y cual todas tentadora, Presidente de la República...

Capítulo II

LA GUERRA

¡No pasé las vacaciones que esperaba!...

¡No fue ese año mi familia a Quilpué!...

¡Dejó de hablarse de la Patagonia!...

Los diarios venían llenos de informaciones sobre cuestiones con Bolivia. Se decía que esta nación quería violar los tratados que había suscrito.

Todas las tardes llegaba mi padre de su oficina con "El Mercurio", y antes de comer se reunía la familia para oír su lectura, que la hacía mi hermana mayor o yo; y los acontecimientos que se desarrollaban, de los cuales los muchachos nos imponíamos con avidez, eran tema de las conversaciones y relaciones familiares.

En febrero se habló de la expedición reivindicadora de Antofagasta mandada por el coronel don Emilio Sotomayor. Leíamos repetidamente el relato del desembarco de las fuerzas chilenas en ese puerto, la fuga de los bolivianos y poco después el combate de Calama, y entre los muchachos los comentábamos animadamente.

Empezaba a decirse que podría llegar el conflicto hasta la guerra con el Perú; y los acontecimientos que se iban verificando producían verdadera fiebre patriótica.

Cuando por fin se declaró la guerra al Perú y Bolivia el 5 de abril de 1879, el entusiasmo fue in-

descriptible y en los alumnos del Liceo y Escuela Superior, desbordante.

Corríamos en grupos de la Intendencia a los cuarteles y desde éstos a los diarios y a las plazas, donde el pueblo se aglomeraba para oír a improvisados oradores, que eran muy aplaudidos.

Don Víctor Aquiles Bianchi era el orador favorito de los niños, y cierto día en que desde el tabladillo de la Plaza de la Victoria declaró que se incorporaría al Ejército, causó tal entusiasmo en el incalculable público que lo escuchaba, que se le tomó en brazos y se le paseó por calles y plazas. El entusiasmo llegó al delirio algunos días después cuando vestido con uniforme militar arengó al pueblo y anunció que era el abanderado del Regimiento Artillería de Marina.

Los que acudían a los cuarteles pidiendo se les admitieran de soldados eran tantos que los centinelas no podían impedir la invasión en masa de la muchedumbre.

Mi hermano mayor, de diecisiete años, y alumno del cuarto año del Liceo, dijo un día durante la comida que deseaba ir a la guerra, e insinuó a mi padre que le consiguiera lo nombraran subteniente; replicándole éste que el que deseaba defender la patria no debía preocuparse de grados, y que el puesto más y único que debía pretenderse era el de soldado.

Aunque los deseos que yo tenía de participar en la contienda eran grandes, no creí prudente manifestarlos entonces.

Algunos días después pidió mi hermano a mi padre su consentimiento para enrolarse de soldado, recibiendo por respuesta un seco, "lo pensaré".

Tanto mi hermano como yo estábamos ya en el Liceo desde mediados de marzo, él en cuarto y yo en primer año.

Poco después de declararse la guerra el gobierno peruano expulsó del territorio del Perú a todos

los chilenos que en él residían dándoles breve plazo para salir del país. Para efectuarlo tuvieron que abandonar sus bienes y embarcarse en los vapores que se dirigían hacia Chile, hacinados como ganado.

Como al llegar a Valparaíso muchos manifestaron deseos de enrolarse en el ejército, el gobierno decretó el 2 de mayo de 1879 la formación del Batallón Lautaro con la base de esos repatriados; elevándolo poco después a regimiento en los que quisieron enrolarse de las brigadas cívicas de San Felipe y Limache, que se habían disuelto.

Un día oigo que un suplementero grita: "¡Combate de Iquique!". "La Esmeralda voló la Santa Bárbara...!".

No diré corrí, volé a la Intendencia en busca de informaciones.

La plaza estaba materialmente repleta de gente que comentaba la noticia.

Los muchachos del Liceo y de las escuelas andaban todos por allí, pues nadie asistió ese día a clases.

De vez en cuando desde los balcones de la Intendencia se imponía al pueblo de las noticias que llegaban, y oradores improvisados dirigían la palabra a corrillos que los rodeaban, en diez, quince o veinte partes a la vez, disgregándose de unos para incrementar otros, cuando algún orador se expresaba en forma más galana o patriótica.

A la tarde llegué a casa sin libros, agitadísimo, cansado como perro perdido de su amo y con un hambre voraz.

No fui reconvenido, ni se me insinuó tampoco en los días siguientes que debía ir al Liceo; y lo que me llenó de contento fue que se me permitió salir a oír noticias.

Mi padre comprendió sin duda, que si me ordenaba ir a clases se exponía a ser desobedecido, y que era necesario abrir esa válvula a mi entusiasmo guerrero.

La relación del sublime combate de Iquique y del heroico sacrificio de Prat, Serrano y Aldea, era el tema de todos los comentarios; y creo que ningún niño en ese tiempo dejó de aprender de memoria la arenga de Prat.

Algunos días después llegó la "Covadonga". Desde la mañana yo estaba con otros niños en el muelle a fin de ver, desde bien cerca, a Condell, oficiales y marinería que debían desembarcar. Cien veces se nos hizo retirar y otras tantas estábamos en las primeras gradas del muelle.

En el trayecto que Condell debía recorrer hasta la Intendencia y su casa, se erigieron hermosos arcos.

Cuando Condell llegó al muelle, la emoción que experimenté no la sé describir; creí que llegaba un semidios. Y en ese instante resolví ser soldado, aun contrariando a mi padre, a quien tanto respetaba, y a mi madre a quien amaba hasta la veneración.

Algunos días después mi padre, con aire grave y triste, nos llamó a mi hermano mayor y a mí, y dirigiéndose a mi hermano le dijo que había reflexionado sobre el pedido que le había hecho de ser soldado, que no habiendo cumplido todavía dieciocho años no estaba obligado a servir aunque la patria estuviera en guerra; pero que le daba su consentimiento, que le repetía lo que ya le había dicho antes que no debían solicitarse grados, y que aunque tenía parientes y amigos que podrían conseguirle fuera subteniente, no lo intentaría; agregando que podía enrolarse de soldado en el Regimiento Lautaro que recién se estaba formando con repatriados del Perú. Luego dirigiéndose a mí con tono severo, me dijo: "Tú todavía no has cumplido quince años, no debes ni pensar en ser soldado, no te admitirían y te pondrías en ridículo si lo intentaras; debes contraerte al estudio". Y recalcando las frases, agregó: "del Liceo me han informado que te portas mal, que no quieres estudiar, que en vez de dar tus lecciones respondes que quieres ir a la

guerra; si sigues portándote así me veré en el caso de castigarte duramente”.

El tono que empleó severo a la vez que afectuoso, me impresionó, y le prometí que acataría sus órdenes.

Le pedí me permitiera no ir al Liceo hasta que mi hermano se enrolara de soldado, y lo consintió.

Esos días los aproveché para asistir a reuniones populares, visitar los cuarteles para ver a los aspirantes a soldados, ir a las imprentas a husmear noticias y concurrir a las mil manifestaciones de delirante patriotismo que se sucedían a cada hora.

Cuando, por fin, se enroló mi hermano, quedé desolado...

Triste, pero resignado, volví al Liceo.

Mi padre había impuesto al rector y profesores de mis deseos y desistimiento.

Fui recibido afablemente por ellos; y los alumnos de todos los años buscaban mi compañía para que les refiriera la entrada de mi hermano al Ejército; y algunos, con tono que me irritaba, me preguntaban si yo iba a imitarlo (1).

El propósito de estudiar me duró poco.

Quería contraerme al estudio y no podía; y después de algunos días volví a tomar la resolución de ser soldado.

Para conseguirlo me tracé un plan: forzar, por decirlo así, a mi padre para que me diera su consentimiento, pues por nada del mundo me habría enrolado sin tenerlo.

Tenía muy presente lo que nos había dicho una vieja sirvienta que había en casa, de lo desgraciados que son los niños que salen a correr tierras sin el permiso y bendición de sus padres.

Intenté, en fin, lo que ahora se llamaría la resistencia pasiva, o huelga de los brazos caídos, que yo entonces sintetizaba: “porfiar con majadería”.

(1) Durante la guerra, 104 alumnos del Liceo se enrolaron en diferentes cuerpos.

Cada vez que se me llamaba a dar lección respondía: "no la sé, no quiero estudiar, deseo ser soldado". Naturalmente, las notas eran pésimas y estaba expuesto a ser expulsado.

El cuartel del Lautaro estaba en el cerro del Barón y allí iba casi todos los días a ver a mi hermano, que pronto ascendió a sargento 2º, y esas visitas avivaban mi entusiasmo.

Una tarde de los primeros días de julio conseguí éxito en mis esfuerzos.

Mi padre me llamó y dijo: "Si quieres ser soldado solicítalo en el Lautaro; si no obstante tu edad te reciben, yo no me opondré, aunque con derecho podría hacerlo, pero confío en que si no te admiten te resolverás a estudiar".

Se lo prometí sin restricciones mentales; pero resuelto a insistir tanto, que estaba seguro del éxito.

Al día siguiente me encaminé al cuartel, pero con tan mala fortuna que en el camino un perro me mordió; y aunque la cosa fue sin importancia debí volver a casa porque el perro me destrozó la ropa.

Tuve que oír los comentarios burlescos, y el que todos me dijeran que el mordisco era aviso de Dios para que desistiera de ser soldado. Pero persistí en mi propósito y como habían llevado en esos días el Regimiento a Quillota fui a esa ciudad a enrollarme.

Me presenté a la mayoría, y en cuanto expuse mis deseos, el segundo jefe del Regimiento, comandante don Eulogio Robles, me aceptó y destinó a la cuarta compañía del segundo batallón.

Allí me entregaron a un cabo para que se encargara de mi instrucción militar, el cual creía que instruir era sinónimo de reconvenir, y en todo veía faltas y por todo me reprendía. No obstante, yo no cabía en mí de gozo ¡era al fin soldado!...

¡Muy poco me duró la alegría!...

Al subsiguiente día fui llevado con otros ante el

doctor para que nos examinara, y a mí me declaró inhábil para el servicio por ser muy niño...

Me quitaron el rifle y me dispidieron...

Pero no desistí, y rogué tanto a una tía materna que vivía en Quillota y era amiga del doctor, que éste reconsideró su dictamen y fui nuevamente aceptado el 22 de julio del 79.

¡No me hubiera cambiado por el hombre más feliz!...

¡Cómo deseaba que mis hermanos menores, y los niños del Liceo y Escuela Superior me vieran!

¡El más glorioso general no tenía seguramente, más amor a su uniforme y grado que el que yo tenía por el de soldado del Lautaro!...

¡Mis vacaciones se prolongaban, y las imaginaba con hermosas perspectivas!...